

2

La presa

CONSENTIMIENTO: Ámbito moral: acto libre del pensamiento mediante el cual una persona se compromete totalmente a aceptar o a realizar algo. Ámbito jurídico: autorización de matrimonio que conceden los padres o el tutor de un menor.

*Trésor de la langue française*

Una noche, mi madre me lleva a una cena a la que han invitado a varias personalidades del mundillo literario. En un primer momento me niego rotundamente a ir. La presencia de sus amigos me resulta ahora tan insoportable como la de mis compañeros de clase, de los que me alejo cada vez más. A los trece años me vuelvo claramente misántropa. Mi madre insiste, se enfada, recurre al chantaje emocional, debo dejar de aburrirme sola con mis libros, ¿y qué me han hecho sus amigos?, ¿por qué ya no quiero verlos? Acabo cediendo.

Él está sentado a la mesa, en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto de mí. Una presencia evidente. Un hombre guapo, de edad indeterminada, aunque totalmente calvo,

con una calvicie muy cuidada que le da cierto aire de bonzo. Su mirada no deja de espiar cada uno de mis gestos, y cuando me atrevo por fin a girarme hacia él, me sonrío. Desde el primer instante confundo su sonrisa con una sonrisa paternal, porque es una sonrisa de hombre, y ya no tengo padre. A fuerza de respuestas socarronas y citas siempre oportunas, el hombre, que, como rápidamente me doy cuenta, es escritor, cautiva a su público. Conoce al dedillo los códigos de las cenas mundanas. Cada vez que abre la boca estalla una carcajada general, pero siempre detiene en mí su mirada, divertida e intrigante. Jamás un hombre me ha mirado así.

Alguien dice su nombre, cuya sonoridad esclava despierta de inmediato mi curiosidad. Es solo una casualidad, pero debo mi apellido y una cuarta parte de mi sangre a la Bohemia de Kafka, del que acabo de leer *La metamorfosis*, que me ha fascinado; en cuanto a las novelas de Dostoievski, en este momento concreto de mi adolescencia me parecen la cima más elevada de la literatura. Un apellido ruso, un aspecto de monje budista esquelético y ojos de un azul sobrenatural. No se necesita más para captar mi atención.

En las cenas a las que invitan a mi madre, suelo dejarme arrullar, medio dormida en una habitación contigua, por el murmullo de las conversaciones que escucho al parecer distraída, aunque en realidad estoy muy atenta. Esta noche me he traído un libro, y después del plato principal me refugio en un pequeño salón que da al comedor, donde ahora están sirviendo el queso (interminable sucesión de platos, a intervalos no menos interminables). Desde aquí, inclinada sobre las páginas, que ya no puedo leer, imposible concentrarme, siento en todo momento la mirada de G., sentado en el otro extremo de la sala, que me acaricia la mejilla. Su voz

ligeramente susurrante, ni masculina ni femenina, se introduce en mí como un encanto, un hechizo. Parece que cada inflexión, cada palabra, está destinada a mí. ¿Soy la única que se da cuenta?

La presencia de este hombre es colosal.

Llega la hora de marcharse. El momento que temo haber soñado, el desconcierto de haberme sentido deseada por primera vez, no tardará en llegar a su fin. Dentro de unos minutos nos despediremos y no volveré a saber de él. Pero mientras me pongo el abrigo veo a mi madre coqueteando con el seductor G., que parece prestarse al juego con toda naturalidad. No me lo puedo creer. Claro, ¿cómo he podido imaginarme que a ese hombre le interesaba yo, una simple adolescente más fea que un sapo? G. y mi madre intercambian varias palabras más, ella ríe, halagada por su atención, y de repente la oigo decir:

—Ven, cariño. Llevaremos primero a Michel, luego a G., que no vive lejos, y después volvemos a casa.

En el coche, G. va a mi lado en el asiento trasero. Algo magnético fluye entre nosotros. Su brazo pegado al mío, sus ojos posados en mí y esa sonrisa rapaz de bestia parda. Toda palabra está de más.

Esa noche, el libro que me había llevado y que leía en la salita era *Eugenia Grandet*, de Balzac, que, gracias a un juego de palabras que durante mucho tiempo es inconsciente, se convierte en el título inaugural de la comedia humana en la que me dispongo a participar: «La ingenua ya es grande».

Una semana después de ese primer encuentro, corro a una librería. Compró un libro de G., aunque me sorprende que el librero me desaconseje el ejemplar que he cogido al azar y me recomiende otro volumen del mismo autor. «Este es más adecuado para ti», me dice enigmáticamente. Hay una foto en blanco y negro de G. en una gran hilera de retratos del mismo formato de escritores conocidos en esa época que recorre las paredes de la librería. Abro el libro por la primera página y, casualidad inquietante (una más), la primera frase —no la segunda, ni la tercera, sino la primera, la que inaugura el texto, el famoso íncipit por el que tantas generaciones de escritores se denuedan— empieza con mi fecha de nacimiento completa, día, mes y año: «Aquel jueves, 16 de marzo de 1972, el reloj de la estación de Luxembourg marcaba las doce y media de la tarde». Si eso no es una señal... Conmovida e impresionada a la vez, salgo de la librería con el valioso volumen bajo el brazo, presionándolo contra mi corazón como si se tratara de un regalo del destino.

Durante dos días devoro la novela, que aunque no tiene nada escandaloso (el librero la eligió hábilmente), contiene claras

alusiones al hecho de que el narrador es más sensible a la belleza de las chicas jóvenes que a la de las mujeres de su edad. Fantaseo con el privilegio de haber conocido a un escritor con tanto talento y tan brillante (lo que en realidad me da alas es el recuerdo de su mirada en mí), y poco a poco me transformo. Me miro en el espejo y ahora me encuentro bastante guapa. El sapo cuyo reflejo me hacía huir de los escaparates ha desaparecido. ¿Cómo no sentirme halagada por que un hombre, que además es escritor, se haya dignado posar sus ojos en mí? Desde niña, los libros son mis hermanos, mis compañeros de viaje, mis tutores y mis amigos. Y por ciega veneración al «Escritor», con E mayúscula, desde entonces confundo al hombre con su condición de artista.

Soy yo la que sube el correo a casa todos los días. La portera me lo da cuando vuelvo del instituto. Entre varios sobres administrativos veo mi nombre y mi dirección en tinta azul turquesa, en una caligrafía impecable, ligeramente inclinada hacia la izquierda y ascendente, como si las líneas quisieran echar a volar. En la parte de atrás del sobre, en la misma tinta azul, el nombre y el apellido de G.

Recibiré muchas cartas como esta, de una untuosidad perfecta, que desgranán una sarta de cumplidos sobre mí. Detalle importante: G. me trata de usted, como si yo fuera una persona mayor. Es la primera vez que alguien de mi entorno, aparte de los profes del instituto, se dirige a mí con ese «usted» que instantáneamente me hace crecer el ego, a la vez que me coloca de entrada en pie de igualdad con él. En un principio no me atrevo a contestarle. Pero G. no es un hombre que se desanime por tan poco. En ocasiones me escribe dos

veces al día. Ahora me paso por la portería mañana y tarde por miedo a que mi madre encuentre una de estas cartas, que siempre llevo conmigo; las atesoro en secreto y me guardo de conárselo a nadie. Luego, a fuerza de pedírmelo, acabo armándome de valor. Escribo una respuesta mojigata y arisca, pero a fin de cuentas una respuesta. Acabo de cumplir catorce años. Él tiene casi cincuenta. ¿Y qué?

En cuanto he mordido el anzuelo, G. no pierde un minuto. Me acecha en la calle, patrulla por mi barrio e intenta provocar un encuentro improvisado, que no tarda en producirse. Intercambiamos unas palabras y me marchó muerta de amor. Ahora me acostumbro a la posibilidad de tropezar con él en cualquier momento, así que su presencia invisible me acompaña de camino al instituto y a la vuelta, cuando voy a comprar al mercado y cuando paseo con mis amigas. Un día fija una cita por carta. Me escribe que el teléfono es demasiado peligroso, porque podría contestar mi madre.

Me pidió que nos encontráramos en Saint-Michel, delante de la parada del autobús 27. Llego puntual. Febril, con la sensación de estar cometiendo una transgresión enorme. Había imaginado que iríamos a tomar un café por el barrio. Para charlar y conocernos. En cuanto llega, me dice que lo que él había pensado era llevarme a «merendar» a su casa. Ha comprado deliciosos pasteles en un servicio de catering carísimo cuyo nombre cita con glotonería. Solo para mí. Cruza la calle charlando como si tal cosa, lo sigo maquinalmente, aturdida con sus palabras, y me encuentro delante de la para-

da de la misma línea, pero en sentido inverso. Cuando llega el autobús, G. me invita a subir y me dice sonriendo que no tenga miedo. Su tono es tranquilizador. «¡No va a pasarle nada malo!» Mis dudas parecen decepcionarlo. No me había preparado para esto. No puedo reaccionar, me ha pillado por sorpresa y no quiero parecer una idiota. No, en ningún caso, ni una cría que no sabe nada de la vida. «No debería hacer caso de los horrores que cuentan de mí. ¡Vamos, suba!» Pero mis dudas no tienen nada que ver con ningún comentario de mi entorno. No me han contado ningún horror de él porque no he comentado con nadie que he quedado con él.

El autobús va a toda velocidad. Mientras pasamos por el bulevar Saint-Michel y después por los jardines del Luxemburgo, G. me sonríe, embobado, y me lanza miradas enamoradas y cómplices, llenas de deseo. Hace buen tiempo. Un par de paradas y hemos llegado al portal de su casa. Tampoco había previsto esto. Podríamos haber paseado un poco, ¿no?

La escalera es estrecha y no hay ascensor. Tenemos que subir hasta el sexto.

—Vivo en una habitación de criada. Seguramente imaginaba que los escritores son señores muy ricos; pues ya ve, no, la literatura apenas da de comer a su hombre. Pero soy muy feliz aquí. Vivo como un estudiante, perfecto para mí. El lujo y la comodidad rara vez son compatibles con la inspiración.

El espacio es demasiado estrecho para subir los seis pisos uno al lado del otro. Parezco increíblemente tranquila, pero el corazón me late en el pecho como un tambor.

Ha debido de adivinar que no las tengo todas conmigo, porque pasa delante, seguramente para que no me sienta atra-

pada, para que aún crea que puedo dar media vuelta. Por un momento pienso en salir por piernas, pero mientras subo G. me habla con entusiasmo, como un chico encantado de invitar por primera vez a su estudio a una chica a la que ha conocido hace diez minutos. Sube con agilidad, con paso atlético, y ni una sola vez parece quedarse sin aliento. Una forma física de deportista.

La puerta se abre a un estudio desordenado, con una cocina de lo más espartana en un extremo, tan estrecha que apenas cabe una silla. Hay con qué preparar té, pero apenas una sartén para freír un huevo. «Aquí escribo», me dice con tono solemne. Y en efecto, en una mesa minúscula, encajada entre el fregadero y la nevera, hay una pila de hojas en blanco y una máquina de escribir. La habitación huele a incienso y a polvo. Un rayo de luz atraviesa la ventana, y en una mesita a la que le falta una pata y se apoya en una pila de libros hay una figurita budista de bronce. Un elefante con la trompa levantada, sin duda recuerdo de un viaje a la India, parece triste, perdido en el suelo, al borde de una pequeña alfombra persa. Zapatillas tunecinas, libros, más libros, decenas de pilas de libros de todas las alturas, colores, grosores y tamaños esparcidas por el suelo. G. me propone que me siente. En esta habitación solo hay un sitio en el que puedan sentarse dos personas: la cama.

Sentada en una postura hierática, con los pies clavados al suelo, las palmas de las manos en las rodillas apretadas y la espalda recta, busco con la mirada una señal que me aclare por qué estoy aquí. Desde hace unos minutos los latidos de mi corazón se han acelerado aún más, a no ser que lo que haya cambiado de ritmo sea el tiempo. Podría levantarme y marcharme. G. no me da miedo. Nunca me obligaría a quedarme

contra mi voluntad, estoy segura. Presiento que la situación va a cambiar inevitablemente, pero no me levanto ni hablo. G. se mueve como en un sueño, no lo veo acercarse y de repente está ahí, sentado muy cerca de mí, rodeándome con un brazo los hombros, que tiemblan.

Durante esa primera tarde que paso en su casa, G. es de una delicadeza exquisita. Me besa largamente, me acaricia los hombros y desliza la mano por debajo de mi jersey sin pedirme que me lo quite, lo que sin embargo termino haciendo. Dos tímidos adolescentes coqueteando en el asiento trasero de un coche. Aunque estoy embotada, paralizada, soy incapaz de hacer el más mínimo gesto; no me atrevo a hacer nada, me concentro en sus labios, su boca, y sujeto con la yema de los dedos su cara, inclinada hacia mí. El tiempo se dilata y vuelvo a casa con las mejillas ardiendo, y los labios y el corazón henchidos de una alegría sin precedentes.

—¿Qué tonterías dices!

—No, te lo juro, es verdad. Mira, me ha escrito un poema.

Mi madre coge la hoja que le tiendo con una mueca de asco e incredulidad. Una expresión estupefacta en la que asoma un ápice de celos. Al fin y al cabo, cuando aquella noche propuso al escritor llevarlo a casa y él aceptó con un tono tan dulce, muy bien pudo pensar que él no era insensible a sus encantos. Descubre con una violencia inaudita que me he convertido en una rival antes de tiempo, y en un principio ese sentimiento la ciega. Luego se recobra y me suelta una frase que jamás habría creído que tuviera algo que ver con G.:

—¿No sabes que es un pedófilo?

—¿Un qué? ¿Por eso le propusiste acompañarlo a su casa y lo dejaste con tu hija en el asiento trasero del coche? ¿Y qué significa eso? ¿Qué más da, no tengo ocho años!

De repente me amenaza con meterme en un internado. En la buhardilla estallan los gritos. ¿Cómo puede privarme de este amor, el primero, el último, el único? ¿Se cree que después de haberme quitado a mi padre (porque ahora todo es culpa suya, por supuesto) voy a permitirle que me quite nada por segunda vez? Nunca aceptaré que me separen de él. Prefiero morirme.

De nuevo las cartas se suceden, más apasionadas que las anteriores. G. me declara su amor en todas sus formas, me suplica que vuelva a verlo lo antes posible, me dice que no puede vivir sin mí, que no, que no vale la pena vivir ni un minuto más si no es entre mis brazos. De un día para otro me he convertido en una diosa.

El sábado siguiente le digo a mi madre que voy a estudiar a casa de una compañera de clase y llamo a la puerta de G. ¿Cómo resistirme a esa sonrisa rapaz, a esos ojos risueños y a esas largas y delicadas manos de aristócrata?

Unos minutos después estoy tumbada en su cama, y no tiene absolutamente nada que ver con lo que conozco. Ya no se trata del cuerpo lampiño y frágil de Julien contra el mío, de su piel aterciopelada de adolescente y el acre olor de su sudor. Es el cuerpo de un hombre. Poderoso y áspero, recién lavado y perfumado.

Dedicó nuestra primera cita a la parte superior de mi cuerpo. Esta vez, intrépido, empieza a aventurarse hacia zonas más íntimas. Y para eso tiene que desatarme los cordones de las zapatillas, gesto que realiza con evidente placer, quitarme los vaqueros, la bragas de algodón (no tengo ropa interior femenina digna de tal nombre, y nada puede com-

placer más a G., aunque aún no soy del todo consciente de ello).

Entonces, con tono cariñoso, se pone a presumir de su experiencia, de su saber hacer, que le ha permitido quitar la virginidad a chicas muy jóvenes sin hacerles daño, y llega incluso a afirmar que guardan toda su vida un recuerdo emocionado, que tuvieron la suerte de haberse encontrado con él y no con otro, un tío bruto, sin el más mínimo tacto, que las habría clavado al colchón sin contemplaciones, y ese momento único habría llevado siempre aparejada una sensación de desencanto.

Pero en mi caso no puede abrirse camino. Junto los muslos de manera instintiva, en un movimiento que no puedo controlar. Grito de dolor incluso antes de que me haya tocado. Sin embargo, solo sueño con una cosa. En una mezcla de bravuconería y sentimentalismo, ya he aceptado íntimamente este horizonte ineludible: G. será mi primer amante. Y por eso estoy tumbada en su cama. Entonces, ¿por qué mi cuerpo se niega? ¿Por qué este miedo incontrolable? G. no se inmuta. Me susurra palabras reconfortantes:

—No pasa nada. Entretanto, podemos hacer otras cosas, ¿sabes?

Así como hay que santiguarse con agua bendita antes de cruzar el umbral de una iglesia, poseer el cuerpo y el alma de una chica joven exige cierto sentido de lo sagrado, es decir, un ritual inalterable. La sodomía tiene sus reglas y se prepara con cuidado, religiosamente.

G. me da la vuelta en el colchón y empieza a pasarme la lengua por todo el cuerpo, de arriba abajo: la nuca, los hombros, la espalda y las nalgas. Pierdo la conciencia de estar en

el mundo. Y mientras su lengua voraz se introduce en mi cuerpo, mi espíritu levanta el vuelo.

Así pierdo la primera parte de mi virginidad. «Como un niño», desliza sobre mí en un susurro.

Estoy enamorada y me siento querida como nunca antes. Y eso basta para borrar toda aspereza, para suspender todo juicio sobre nuestra relación.

Al principio, tras haber pasado un rato en la cama de G., me conmueven especialmente dos cosas: verlo mear de pie y verlo afeitarse. Como si estos gestos entraran por primera vez en un universo que durante demasiado tiempo se ha reducido a rituales femeninos.

Lo que descubro en los brazos de G., ese ámbito de la sexualidad adulta, hasta ahora tan inexpugnable, es para mí un nuevo continente. Exploro ese cuerpo de hombre con la aplicación de una discípula privilegiada, asimilo con gratitud sus enseñanzas y me concentro en los ejercicios prácticos. Me da la sensación de ser una elegida.

G. admite que hasta ahora ha llevado una vida muy disoluta, de lo que dan testimonio algunos de sus libros. Me promete de rodillas y con los ojos empañados por las lágrimas que romperá con todas sus amantes, me susurra que jamás en su vida había sido tan feliz y que lo nuestro es un milagro, un auténtico regalo de los dioses.

Al principio, G. me lleva a museos, a veces al teatro, me regala discos y me recomienda libros. ¿Cuántas horas pasa-

mos juntos paseando por los senderos de los jardines del Luxemburgo, cogidos de la mano, deambulando por las calles de París, indiferentes a las miradas curiosas, suspicaces, de desaprobación y en ocasiones abiertamente de odio de los transeúntes con los que nos cruzábamos en el camino?

No recuerdo que mis padres fueran a recogerme al colegio cuando tenía edad de esperarlos, con maravillosa inquietud, delante de la puerta, y que al abrirse apareciera el rostro adorado de uno de los dos. Mi madre siempre trabajaba hasta tarde. Yo volvía sola a casa. Mi padre ni siquiera sabía en qué calle estaba mi escuela.

Ahora G. está casi todos los días delante de la salida de mi escuela. No exactamente delante, sino a unos metros, en la plaza del final de la calle, para que lo vea enseguida detrás de una multitud de adolescentes alborotados, su alargada figura vestida siempre en primavera con una chaqueta de estilo colonial, y en invierno con un abrigo que recuerda a los de los oficiales rusos de la Segunda Guerra Mundial, largo y lleno de botones dorados. Lleva gafas de sol tanto en verano como en invierno, supuestamente para proteger su anonimato.

Nuestro amor es un amor prohibido. Las personas decentes lo censuran. Lo sé porque no deja de repetírmelo. Así que no puedo decírselo a nadie. Hay que tener cuidado. Pero ¿por qué? ¿Por qué si yo lo amo, y él también me ama?

Y esas gafas, ¿de verdad no llaman la atención?

Después de cada sesión amorosa, en las que G. parece alimentarse de mi cuerpo como un hambriento, cuando los dos estamos en la tranquilidad de su estudio, rodeados hasta el aturdimiento por centenares de libros, me mece en sus brazos como a un bebé, me pasa la mano por el pelo alborotado, me llama «mi niña querida» y «mi guapa colegiala», y me cuenta en voz baja la larga historia de esos amores irregulares entre una chica muy joven y un hombre maduro.

Ahora tengo un profesor particular dedicado enteramente a mi educación. Su cultura es de una amplitud fascinante, mi admiración se multiplica por diez, aunque las clases que recibo cuando salgo del instituto siempre se orienten en un único sentido.

—¿Sabías que en la Antigüedad no solo se incentivaba que los adultos iniciaran sexualmente a los jóvenes, sino que además se consideraba un deber? ¿Te han contado que, en el siglo XIX, la pequeña Virginia solo tenía trece años cuando Edgar Poe se casó con ella? Si pienso en todos esos padres biempensantes que leen a sus hijos *Alicia en el País de las Maravillas* antes de que se duerman, sin tener la menor idea de quién era Lewis Carroll, me dan ganas de reírme a carcajadas. Le apasionaba la fotografía e hizo compulsivamente cientos

de retratos de niñas, entre ellos el de la verdadera Alicia, la que le inspiró la protagonista de su obra maestra, el amor de su vida. ¿Las has visto?

Como el álbum ocupa un lugar destacado de la estantería, me muestra también las fotos eróticas que Irina Ionesco hacía a su hija Eva cuando apenas tenía ocho años, con las piernas abiertas, vestida solo con unas medias negras hasta los muslos y con su hermoso rostro de muñeca maquillado como el de una prostituta. (Omite contarme que después a la madre le quitaron la custodia, y que Eva acabó a los trece años en el Departamento de Asuntos Sanitarios y Sociales.)

En otra ocasión echa pestes contra los norteamericanos, envarados en su frustración sexual, que persiguieron al pobre Roman Polanski para impedirle hacer sus películas.

—Son puritanos que lo confunden todo. A la chica que afirma que la violó la han manipulado unos envidiosos. Ella dio su consentimiento, es evidente. ¿Y crees que las modelos permitían que David Hamilton las fotografiara sin tener otra cosa en mente? Hay que ser realmente ingenuo para creerlo...

La letanía es interminable. Ante tantos ejemplos edificantes, ¿cómo no rendirse? Una chica de catorce años tiene el derecho y la libertad de amar a quien quiera. Aprendí bien la lección. Y por si fuera poco, me convertí en una musa.

Al principio, las circunstancias distan mucho de gustar a mi madre. Superada la sorpresa y la conmoción, habla con sus amigos y les pide consejo. Parece que nadie se preocupa especialmente. Poco a poco, ante mi determinación, acaba aceptando las cosas como se presentan. Quizá me crea más fuerte y más madura de lo que soy. Quizá esté demasiado sola para reaccionar de otra manera. Quizá también necesite a un hombre a su lado, un padre para su hija que se enfrente a esta anomalía, a esta aberración, a... esto. Alguien que tome cartas en el asunto.

También sería necesario un entorno cultural y una época menos complacientes.

En efecto, diez años antes de conocer a G., a finales de la década de los setenta, numerosos periódicos e intelectuales de izquierdas defendieron públicamente a adultos acusados de haber mantenido relaciones «culpables» con adolescentes. En 1977 se publica en *Le Monde* una carta abierta en favor de la despenalización de las relaciones sexuales entre menores y adultos, titulada «A propósito de un proceso», que firmaron y apoyaron eminentes intelectuales, psicoanalistas y filósofos de renombre, escritores en lo más alto de su carrera, en su mayoría de izquierdas. Encontramos, entre otros,

los nombres de Roland Barthes, Gilles Deleuze, Simone de Beauvoir, Jean-Paul Sartre, André Glucksmann, Louis Aragon... El texto denuncia el encarcelamiento de tres hombres a la espera de juicio por haber mantenido (y fotografiado) relaciones sexuales con menores de trece y catorce años. «Una prisión preventiva tan larga para instruir un simple caso de "moral", en el que los niños no han sido víctimas de la menor violencia, sino que, al contrario, aclararon a los jueces de instrucción que eran consentidores (aunque actualmente la justicia les niegue el derecho al consentimiento), nos parece escandalosa», leemos en dicha carta.

La petición también la firma G. M. Habrá que esperar a 2013 para que confiese haber sido el promotor (la escribe él mismo) y haber recibido en aquella época muy pocas negativas a su solicitud de firmas (entre ellas las de Marguerite Duras, Hélène Cixous y... Michel Foucault, que solía ser el primero en denunciar todo tipo de represión). Ese mismo año se publica en *Le Monde* otra petición titulada «Llamamiento a la revisión del Código Penal respecto de las relaciones menores-adultos», que reúne aún más apoyos (a los nombres anteriores se suman los de Françoise Dolto, Louis Althusser y Jacques Derrida, por citar solo algunos, aunque la carta abierta está firmada por ochenta intelectuales que se cuentan entre los más prominentes del momento). En 1979 se publica otra petición, esta vez en *Libération*, en apoyo de un tal Gérard R., acusado de vivir con niñas de seis a doce años, firmada también por importantes personalidades del mundo literario.

Treinta años después, todos los periódicos que aceptaron publicar esos artículos más que discutibles entonarán uno tras otro su *mea culpa*. Los medios de comunicación no son más que el reflejo de su tiempo, argumentarán.

¿Por qué todos estos intelectuales de izquierdas defendieron con tanta pasión posiciones que hoy en día nos parecen tan chocantes? En especial la flexibilización del Código Penal respecto de las relaciones sexuales entre adultos y menores, así como la abolición de la mayoría de edad sexual.

Sucede que, en los años setenta, en nombre de la liberación de las costumbres y de la revolución sexual, se siente la obligación de defender el libre disfrute de todos los cuerpos. Prohibir la sexualidad juvenil es una forma de opresión social, y compartimentar la sexualidad entre individuos de la misma edad sería una forma de segregación. Luchar contra el encarcelamiento de los deseos y contra toda represión son las consignas de ese período, y nadie tiene nada que objetar, salvo los santurrones y algunos tribunales reaccionarios.

Una deriva y una ceguera por las que casi todos los firmantes de esas peticiones pedirán disculpas tiempo después.

En los años ochenta, el entorno en el que crezco sigue impregnado de esta visión del mundo. Mi madre me contó que cuando era adolescente, el cuerpo y sus deseos aún eran tabúes y que sus padres nunca le hablaron de sexualidad. En el 68 contaba dieciocho años, y tuvo que liberarse en primer lugar de una educación demasiado encorsetada, y después de las garras de un marido insoportable con quien se casó demasiado joven. Como las protagonistas de las películas de Godard o de Sautet, ahora aspira sobre todo a vivir su vida. «Prohibido prohibir» sigue siendo un mantra para ella. No es tan sencillo escapar al espíritu de tu época.

En este contexto, mi madre ha acabado adaptándose a la presencia de G. en nuestra vida. Darnos la absolución es un disparate. Creo que en el fondo lo sabe. ¿Sabe también que corre el riesgo de que algún día alguien se lo reproche con dureza, empezando por su propia hija? ¿Mi obstinación es tan fuerte que no puede oponerse? En cualquier caso, su intervención se limita a hacer un pacto con G. Debe jurarle que nunca me hará sufrir. Me lo cuenta él un día. Imagino la escena, mirándose a los ojos, solemne. «Di: "¡Lo juro!"»

A veces mi madre lo invita a cenar a nuestra pequeña buhardilla. Sentados a la mesa los tres, alrededor de una pierna de cordero con judías verdes, casi parecemos una bonita familia, papá y mamá por fin juntos, conmigo en medio, radiante, la santa trinidad, unidos de nuevo.

Por chocante y aberrante que pueda parecer esta idea, quizá G. también sea para mi madre, de forma inconsciente, el sustituto del padre ideal, el padre que no ha podido ofrecerme.

Además, esta situación extravagante no le desagrada del todo. Incluso tiene algo gratificante. En nuestro entorno bohemio de artistas e intelectuales, las discrepancias con la moral se asumen con tolerancia, incluso con cierta admiración. Y G. es un escritor famoso, lo que al fin y al cabo resulta bastante halagador.

En un entorno totalmente diferente, donde los artistas no ejercieran tanta fascinación, sin duda las cosas habrían sido distintas. Habrían amenazado al caballero con mandarlo a la

cárcel. La niña habría ido al psicólogo, quizá habría mencionado el recuerdo soterrado de una goma chasqueando contra un muslo ambarino en un decorado oriental, y el asunto se habría solucionado. Punto final.

—Que no se enteren tus abuelos, cariño. No lo entenderían —me dice un día mi madre mientras charlábamos de otra cosa.